

rosa está hoy más alta que las frentes coronadas; para llegar a esta religión del Derecho, así debo llamarla, y a este sentido de la fraternidad y a este entusiasmo amoroso por toda grande idea, que harán, a pesar de los errores y de las flaquezas que ha presenciado y que está presenciando, que harán de eterno y luminoso recuerdo el día que nos ha tocado vivir en la Historia: ¡época grandiosa! no por los ferrocarriles, no por los telégrafos, no por los mares que ha unido, no por las montañas que ha aplanado; sino porque después de ella toda aristocracia será un delirio y toda esclavitud será un crimen; pues ya se apresta el ara, dúdalo quien lo dude, niéguelo quién lo niegue, ya se apresta el ara, ya aparecen inhiestas las columnas del templo en que la razón, la justicia, la libertad, la concordia definitiva de todas las razas y de todos los pueblos y de todos los hombres, se consagrarán dogmas, no como la fe los adora, revelados por el cielo entre portentos que interrumpen la ley de la naturaleza y en medio de la sombra de misterios inescrutables; sino estampados en la conciencia, engendrados en el espíritu, evidentes para el pensamiento, pues son las leyes, son los modos de vivir de la Humanidad, nunca llorosa, nunca dispersa, nunca vacilante, sino por el eclipse de uno de esos grandes principios que llenan con sus resplandores sidéreos todo el horizonte de la Historia.

Mirad, señores, lo que pasa en el mundo: en ochenta años que llevamos vividos en esta época transformadora, a los reyes absolutistas, representantes del antiguo principio de autoridad, se les ha deshecho la corona en las sienas, les ha faltado bajo los pies el escaño del trono. Francia, después de vacilaciones gigantescas, que han tenido siempre palpitante la atención universal, realiza la república definitiva que nos había profetizado; la Inglaterra comienza a hacerle justicia a la Irlanda, que no puede reclamársela con ejércitos; en España entra la monarquía en la democracia, como entró en Bélgica, como entró en Italia; Italia ha resucitado de todas las servidumbres cuya loza pesaba sobre ella; en el Portugal, que parecía destinado por la naturaleza y por su historia para la aristocracia, la aristocracia decae, el Austria se disgrega, porque no es ya el manto de un Emperador capaz de cobijar al bohemio y al húngaro, al alemán y al eslavo, ansiosos de realizar con independencia de carrera su destino histórico; la Prusia hacina pueblos para formar la titánica confederación del feudalismo, y prepara, sin saberlo, la más portentosa confederación de la libertad; Rusia viene a la civilización con su inmenso cortejo de pueblos, que salen de la noche del Asia y a quienes da por vez primera la luz en el rostro: los cerrojos del calabozo turco caídos en tierra; Grecia, que recupera por empeño de la Europa sus tierras inmortales, para que descendan quizás de nuevo a ellas el coro de las Musas

Hágase de estas buenas obras:

Papini: <i>Historia de Cristo</i>	6-00
José Kallinikow: <i>Mujeres y frailes</i> . Novela en 2 Vols	10-00
León Trostki: <i>La situación real de Rusia</i>	3-50
H. Beraud: <i>Mi amigo Robespierre</i>	4-50
Tagore: <i>El jardinero</i> . 1 Vol. pasta	4-00
J. Germain: <i>Pruebas de inteligencia</i>	6-50

Con el Adr. del Rep. Am.

y vibre el plectro de oro cuyas melodías no se han desvanecido después de treinta siglos, en el recuerdo de los hombres; la América que era un mundo de colonias y que es un mundo de pueblos soberanos; muerta en Méjico la quimera de la trasplatación monárquica para que se sepa que en este continente virgen no puede retornar el despotismo; rota en Washington, en un minuto y al golpe de una ley la cadena de cinco millones de parias, y sacudiendo la gran República de su costado la flecha envenenada de la servidumbre; y olvidando la distinción de gobiernos, el martillo de la ciencia rompiendo las montañas; el sol de la electricidad comenzando su levante; fuerza motriz nueva generándose en la oscuridad del laboratorio; el secreto del arte sorprendido; el arte engrandeciéndose para llegar a ser la verdad idealizada; un soldado legendario, Garibaldi, que hubiera fundado ayer una monarquía y que acaso fundará una república antes de morir; un sabio, Edison, que hubiera sido reído como visionario o quemado como hechicero en el siglo pasado, y que hoy es un obrero práctico de la civilización; un profeta de Israel, Víctor Hugo, con la lira de la democracia en la mano. ¡Oh, no es posible recordar todos los hechos, citar todos los nombres, trazar ni siquiera el croquis de la obra prodigiosa, pero basta un nombre, un hecho, un recuerdo de tantos como vienen a la memoria para que el hombre del siglo XIX, lleno de fé en la fuerza de su especie y en el divino auxilio con que marchamos a la conquista del ideal, pronuncie el himno, sí, pronuncie el himno del progreso, sin que protesta alguna del escepticismo pueda interrumpir y turbar la majestuosa sinfonía. Señores, todas esas victorias, aunque estén algunas de ellas manchadas de sangre, son las victorias de las grandes ideas. Los elaboradores de ideas son los elaboradores del progreso. Los resortes del humano destino no se mueven sino con el calor del pensamiento. Todo paso que se da hacia adelante es en realidad una ley que se descubre o que se formula mejor. Organizar las leyes es organizar el espíritu. Hacer de la ciencia del Derecho la ciencia general de las fórmulas sociales y enseñar esas fórmulas como se enseñan las verdades matemáticas, es pacificar el mundo. El profesor más humilde que contribuya a educar a un pueblo en la disciplina de la ley y a civilizar la ley para levantar con ella el nivel moral de una sociedad, es algo más que un grande hombre del siglo XIX, es un ciudadano del siglo XX.

Hay en las angustias de la duda que atormenta al espíritu humano, alivio que parece misterioso y que tiene su origen en presentimientos o esperanzas evidentemente distintas de lo que por experiencia conocemos; y así como la campana de un templo lejano indica al extraviado caminante a donde están el reposo y la calma, vibrar suele en horas serenas, allá en lo íntimo de nuestro ser, una fibra secreta, que nos trasporta fuera del egoísmo y la sensualidad, y que nos hace levantar hasta por encima de la vida, el valeroso pensamiento; es que por muchas miserias en que incurramos, por muchas pasiones tempestuosas que nos agiten, por muchos intereses mezquinos que cautiven nuestra atención de un día,—el ideal está allí, en lo alto, inmóvil, ejerciendo sobre nuestras almas su atracción invencible. Señores, el ideal encarnado en la sociedad es la familia humana, para que haya familia humana se necesita la ley que armoniza al pueblo con el pueblo, la ley que armoniza al opulento con el miserable, la ley que alumbra al ignorante y al delincuente; trabajar dentro de ese programa en el grado, en el espacio y en el tiempo que nos son concedidos, es bien alto y bien positivo trabajo. Dejad que alguno califique de quimera el elevado intento,—el telégrafo y el vapor, la democracia y el derecho lo fueron ayer: los sembradores de doctrinas no se preocupan, por otra parte, de si son ellos mismos los que deben recoger la cosecha. Señores, nada podemos prometeros; sólo os decimos que no se funda aquí el gremio de un oficio, la corporación de un arte útil; se funda la sociedad de una ciencia. Excelentísimo señor, el Colegio de Abogados ha oído con reconocimiento las palabras que le habéis dirigido, y espera del Gobierno que V. E. dignamente preside, algo más que la colaboración sincera, la colaboración inteligente; recordad, Señor, que las batallas del reinado de Justiniano han pasado al olvido, y que las leyes del reinado de Justiniano forman todavía unelemento de la civilización; recordad que la Comuna de París pudo poner en tierra la columna de bronce que simbolizaba la gloria militar y política del primer Bonaparte; pero que no pudo pensar en destruir el "Código Napoleón," por que el "Código Napoleón" es una piedra de la historia de Francia. En cuanto a nosotros, estimados colegas, estamos construyendo una idea; no sé hasta dónde llegará nuestro esfuerzo; pero siempre diré con orgullo en memoria de este día lo que acostumbraban decir aquellos viejos soldados españoles que habían asistido a ellas, con respecto a la batalla de San Quintín, y con respecto de la batalla de Lepanto: "Yo estuve allí."—Los constructores de ideas nada tienen que temer de los cataclismos posibles: cuando la tierra o la sociedad tiemblan, sólo las ideas quedan en pie.

Antonio Zambrana